



La Vecina Rubia

**LA
CHICA
DEL
VERANO**

NOVELA

**LOS FINALES FELICES
SON PARA LOS VALIENTES**

LIBROS CÚPULA

La Vecina Rubia

**LA
CHICA
DEL
VERANO**

NOVELA

**LOS FINALES FELICES
SON PARA LOS VALIENTES**

LIBROS CÚPULA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© La Vecina Rubia, 2023

© de la fotografía de cubierta: © Irene Lamprakou/Trevillion Images

Diseño de cubierta: Planeta Arte y Diseño

Pág. 102: versos de la canción «Te odio», de Los Seis Días y Santi Balmes, del álbum *Lunes* (PuPilo Records, 2009); pág. 135: versos del libro *Una mala vida la tiene cualquiera* de Javier Salvago (Ediciones de la isla de Siltolá, 2014); pág. 223: frase del libro *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera (Planeta, 1984); págs. 248-249: versos de la canción «Golondrina viajera», de Chavela Vargas, del álbum *Chavela Vargas* (Guty Cardenas/Ricardo López Méndez) © Promotora HispanoAmericana de Música. Autorizado por PEERMUSIC ESPAÑOLA S.A.U.; pág.284: versos del poema «Punto» del libro *Estravagario*, de Pablo Neruda (Losada, 1971); pág. 317: versos de la canción «Malamente», de Rosalía, del álbum *El Mal Querer* (Sony Music, 2018); pág. 329: frase del libro *Todo lo que sé sobre amor*, de Dolly Alderton (Planeta, 2018); pág. 393: versos de la canción «Te suelo llevar a dormir a tu casa» de Espaldamaceta, del álbum *Baile Masái* (Gandula, 2013); pág. 394: frase de Paul Toumier.

Primera edición: octubre de 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es una marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-3897-7

D. L.: 12.856-2023

Impresor: Black Print

Impreso en España – *Printed in Spain*

1

Grecia, divino tesoro

Mi querida nigromante favorita.

Me gustaban las estrellas y era muy buena en mi profesión. Por eso, en la redacción, aunque mucha gente se lo tomaba a broma, todos acababan por pedirme un adelanto de cómo iría su semana antes de que yo lo publicara.

En mi trabajo no había elucubraciones comunes, tópicos sencillos ni frases genéricas que bien podrían valer para una chica embarazada de Albacete, un enfermero, una doctora o una ejecutiva de Santander. Lo mío era ciencia —o pseudociencia, según con quién hablaras, claro—, pero nunca miré para otro lado ni eludí la responsabilidad y la labor que llevaba a cabo. Yo me mojaba todas las semanas.

Estudiaba, observaba la posición lunar, analizaba la revolución solar y revisaba los tránsitos planetarios antes de dar una opinión formada. La mía. Aunque ser la jefa y la única integrante de la sección de emociones astrales y signos zodiacales —básicamente, el horóscopo— en una revista icónica juvenil de moda que alcanzó su pico de popularidad en los noventa pudiera parecer insignificante *a priori*, sin duda era una posición de relevancia en aquel momento. No solo era la más leída cada semana, sino también la que más

correspondencia de admiradores acumulaba, lo que desataba las envidias en buena parte de la redacción. Ya hubiesen querido las chismosas de la sección de famosos o los ilustres gafapastas de los pasatiempos recibir una cuarta parte de todas las cartas que agradecían mis innumerables análisis semanales de la personalidad.

Y aunque todos éramos vecinos en el interior de esa comunidad de múltiples secciones de moda, opinión y noticias de dudosa veracidad que era nuestro *magazine*, como algunos querían llamarlo, la mía era casi la última. Tenía la suerte de aparecer siempre en la página impar, algo que me otorgaba cierto poder por aquel entonces, pues es sabido que las impares son las más expuestas a la mirada de los lectores, las más recordadas y buscadas por ellos. Por no hablar de que muchas personas directamente abrían la revista por la contraportada, buscando antes que nada —yo diría que incluso lo único— su horóscopo, el de su mejor amiga o el de la persona que habían conocido la noche anterior, por si acaso.

El día que llegó su primera carta me pilló por sorpresa. Me gustaba detenerme a leer todos y cada uno de los textos, dibujos y postales que acababan sobre mi mesa. A mediodía, nuestro chico del correo hacía su primer reparto, adentrándose entre los puestos hasta llegar a mi pequeño rincón. No tenía luz natural ni tampoco plantas, pero estaba rodeado de planetas y yo, en ese entorno, me sentía mucho más cómoda.

—Toma, Lucía. Hoy han llegado doce, como los signos del zodiaco.

—Cuidado, algunos expertos dicen que son catorce. Hasta la NASA lo ha reconocido.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuáles son esos dos nuevos?

—Ofiuco y Cetus.

—Lo que sabes, *jodía*...

Me encantaba hablar con él. Jonás era un chico muy cálido. Un piscis con ascendente tauro, seguramente. Entonces reconocí un gesto que había visto cientos de veces

antes de que ocurriera. Se inclinó sobre mi mesa, bajó la voz hasta el susurro y dijo:

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro...

—¿Cómo le irá a un piscis de toda la vida esta semana en el amor...? —me solicitó avergonzado.

Estaba claro. Le miré y sonreí con cariño.

—No te pases la vida preguntándote por el futuro, piscis. Vive el momento de esa cita que está por venir sin complejos ni expectativas y todo irá bien.

La cara de Jonás se tornó en asombro por momentos y en felicidad por costumbre. Imaginé que esa semana tendría una cita y la astrología le había dado el empujón de coraje necesario para afrontarla.

Nunca me aventuraba a dar un consejo concreto. Jamás lo concebí como un dogma, era solo una estudiosa que viajaba por las estrellas y escuchaba lo que el cielo nos decía. Sé que puedo parecer un poco excéntrica, pero ¿no lo eran los compañeros de redacción que se pasaban horas delante de la puerta de un famoso para hacerle una fotografía cuando salía a tirar la basura en pijama? A pesar de ocupar gran parte de mi día mirando hacia arriba, yo mantenía los pies en la tierra.

Disfrutaba leyendo todas las cartas porque me gustaba complacer a aquellas personas que se habían tomado su tiempo en escribirme. Algunas un poquito más de la cuenta, con sus silogismos, metáforas y todos los recursos que la lengua pone a nuestra disposición para, imagino, sentirse culturalmente superiores, mientras que otras, en cambio, lo hacían con palabras menos profundas, pero igual de sinceras. Nunca entendí muy bien a los primeros. Cualquiera con dos dedos de frente no vería muy lógico ponerse espléndido escribiendo a la sección del horóscopo de una revista juvenil. En el fondo, todos se sentían muy solos y a menudo me agradecían el apoyo que mis palabras les habían profesado.

Sin embargo, aquella carta era diferente. Destacaba entre las once restantes por el color ocre envejecido del papel. «Mi querida nigromante favorita». Así comenzaba su misiva, con un término muy de la profesión que pocos conocen. Tuve que hacer memoria y recuperar de mi cabeza los apuntes del segundo año de mis estudios en astrología. A menudo, ese término se utiliza en lugar de adivina, bruja o hechicera. La nigromancia aparece en textos de Alfonso X el Sabio, pero su legado es anterior. Todas las culturas, de un modo u otro, la han practicado para adivinar el futuro. Aquel admirador sabía que yo lo conocía y eso no hizo más que despertarme una agradable sensación de curiosidad...

Uno de los investigadores que contrató la familia de la primera víctima dijo que contestar a aquella primera carta fue un error por mi parte. Intentaron convencerme de que las cartas sucesivas y las muertes tuvieron su origen en mi primera respuesta, pero no, amigas, de lo único que soy responsable es de ponerme bragas con dibujitos los días de diario y guardar las de encaje para el fin de semana. Si ellos no eran capaces de hacer su trabajo, yo tenía a tres amigas a las que se les daba de maravilla... Y tú, mi querido asesino en serie, estás muy pero que muy jodido.

—Joder, tía, me tienes totalmente enganchada con tu novela —le dije a Lucía mientras terminaba uno de los capítulos.

—Bueno, es solo el primer borrador, todavía estoy haciendo algunos retoques, corrigiendo...

—Hablando de eso... ¿Necesitas ayuda con la ortografía?

—¿Por?

Hice un silencio que, por supuesto, respondía de manera tácita a la pregunta.

—¿Estás insinuando algo, rubia? —comentó Laux, echando leña al fuego de un posible conflicto.

—No te lo quería decir, pero... no es que destaques por ser

una adalid de la corrección, solo hay que ver cómo escribes por WhatsApp... —respondí en un claro tono de broma.

—¡Sara! Deja el móvil, que te vas a perder la movida entre estas dos —gritó Laux nerviosa—. La rubia le ha soltado a la cara a *miss aries* que escribe mal y no sé qué de Aladín...

—Adalid, Laux, he dicho «adalid» —repliqué.

—¿Aries? ¿Qué coño aries? ¡Soy tauro y a mucha honra! —espetó Lucía.

La metedura de pata de Laux con el horóscopo apaciguó lo que podía haber sido un conato de guerra ortográfica entre una acérrima defensora de las tildes diacríticas y una tauro a quien las tildes ni le van ni le vienen. Principalmente, no le vienen. Tampoco era el lugar ideal para ello.

Miré a mis tres amigas, sentadas en unas cómodas tumbonas en aquella playa de Mykonos. Estaban siendo las vacaciones soñadas. Tras aquel azaroso año que había trastocado todos nuestros planes y sacudido nuestras prioridades, estar juntas, mojito en mano, era todo lo que necesitábamos. Un merecido descanso tras un año muy complicado. Siempre he pensado que «ante los vaivenes de la vida, vaivenes de las amigas» y este último, algo más fuerte de lo normal, nos había llevado hasta aquella isla griega.

Laux sorbía con una pajita un mojito estándar en el típico vaso de colores con la típica sombrilla decorativa minúscula. Le encantaban las cosas típicas, como reírse del horóscopo de Lucía e incluso de sus ascendentes con total impunidad. Llevaba un trikini de rayas minúsculo y precioso que dejaba entrever un cuidado bronceado. Su pelo moreno, larguísimo, ondeaba al viento bajo una visera roja de plástico, como aquellas que se llevaban en los setenta para jugar al tenis, y que a cualquier otra persona le hubiese quedado ridícula, salvo a ella, que todo le sentaba bien. Daba igual si combinaba un estampado de leopardo con algo de cuadros; tenía el desparpajo suficiente para lucirlo con dignidad. Me descubrió mirándola y me guiñó un ojo, cómplice. Solo quien la conoce es capaz de ver que detrás de aquella persona que no solo es capaz de hablar debajo del agua,

sino también de gritar, hay una mujer noble, sincera y con un corazón de acero inoxidable.

Por su parte, Lucía, indignada tras haber sido perversamente etiquetada como una aries siendo ella la más tauro de todas las tauro, se extendía crema por el brazo con generosidad y energía, en la que sería la decimoquinta vez en la última hora. No era para menos. Tras el melanoma, su cuidado con el sol se había multiplicado por veinte. Su cuerpo entero respiraba todo el día bajo una sombrilla, además de ocultar su rostro bajo una pamelita gigante. «Pamelita Anderson» fue el apodo que Laux le otorgó nada más verla llegar el primer día a la playa, lo que nos proporcionó grandes risas durante todo el viaje. Sobre todo cuando recorrió el trayecto de las tumbonas al chiringuito corriendo como a cámara lenta, con las manos agarrándose los pechos cual vigilante de la playa con total desvergüenza. Lucía asumió su apodo con el mejor de los sentidos, el del humor, porque como ella decía tras haber superado el cáncer: «La vida son dos días y a mí me han regalado un fin de semana». Y es que no entendía mejor manera de superar cualquier dolor que reírse de él.

Sara, sin embargo, estaba ausente desde que llegamos. Tenía el flequillo metido en el móvil, como solía hacer: acercando la cabeza a la pantalla en vez de levantar el móvil hasta sus ojos. Pasaba horas sosteniendo ese «invento del diablo», como lo llamaba mi padre en claro tono de broma. Sara, tan menuda, tan dulce y honesta, no paraba de teclear con los finos dedos de sus trabajadas manos blancas. Se retiró el flequillo de la cara y resopló, visiblemente hastiada.

Estaba a punto de preguntarle qué era lo que la tenía tan ab-sorta cuando Laux me interrumpió, volviendo al libro impreso de Lucía que sostenía sobre mis rodillas.

—¿Por dónde vas? —me preguntó.

—Estoy terminándolo ya. Justo cuando una de las dos decide ir a la casa directamente...

—¡Calla! ¡No contéis nada, por favor, que apenas lo he empezado! —suplicó Sara.

—Si es que estás con el móvil todo el rato, hija.

—Ya lo sé... Es por mi nuevo jefe. Sabe que estoy de vacaciones y no para de brearme a mensajes, pero no quiero hablar de ello —comentó Sara cabizbaja.

—«Brearme». ¡Qué bonita palabra...! ¿De dónde vendrá? —pregunté en voz alta, cambiando de tema para ofrecerle una tregua a Sara.

—De alguna canción de María del Monte... —dijo Lucía.

—Bréame, me dijiste bréame... —comenzó a cantar Laux.

—¡Bréame por el camino y *agarrá* a tu cintura te breé...! ¡A la sombra de los pinos! —terminamos cantando todas al unísono, dejando clara la generación de «señoras bien» a la que pertenecíamos.

Unas señoras con una complicidad que se mantenía intacta y nos hacía estar más unidas que nunca.

—Madre del amor hermoso... —dijo Lucía, avergonzándose por unos segundos.

—Estamos como para tomarnos en serio... —añadió Sara, continuando con la broma.

—A mí no me toméis en serio, ¡mejor tomadme con un vino! —sentenció Laux terminando la frase con su risa característica que puso en jaque a toda la playa de Kalafatis.

Ver cómo habíamos sido capaces de bandear un tema tan escabroso como el del cáncer sin perder la sonrisa era una batalla ganada y el motivo principal de nuestro viaje: había que celebrar la vida.

—¿Por dónde vas tú, Sara? —Le tendí una mano para que volviese a la conversación.

—Pues... Apenas llevo dos capítulos.

—¿Solo dos capítulos? Pero ¿de qué vamos a hablar en este viaje tú y yo? —dijo Laux mofándose.

—Es que a mí lo que me gusta es leer por las noches, mientras vosotras roncáis, que no hay quien duerma —se excusó.

—No pasa nada, que cada una lea a su ritmo —comentó Lucía.

—¿Has sido amable con Sara? —preguntó Laux, haciéndose la sorprendida, mientras un par de notificaciones le sonaban en el móvil.

—He sido amable con mi novela.

—Ja, ja, ja, menuda zorra con gorra estás hecha.

—Aquí la única con gorra eres tú, que menuda visera me llevas...

Laux hizo un gesto coqueto a la provocación de Lucía sobre su atuendo antes de revisar los mensajes. Segundos más tarde, estaba tan ensimismada en la pantalla como Sara. Mientras que la cara de una reflejaba un extraño rictus, fruto del trabajo que su jefe le estaba dando durante las vacaciones, la de Laux, por el contrario, mostraba una sonrisa de niña plena y satisfecha.

—¡Ja, ja, ja! ¡Me descojono con esta tía! —gritó, mirando el móvil.

—¿Con quién? —pregunté interesada.

—Con la Vecina Rubia... La tía es la bomba.

Vale. Quiero hacer un pequeño inciso para que podáis comprender que aquella frase tiñó mi cara de un tono blanco, níveo, impávido, como la sábana de un hotel.

—¡Ah, sí! No sé quién me habló de ella hace poco y la he empezado a seguir en Instagram —remató Lucía.

—A ver... —Sara cogió el móvil de Laux, curiosa—. Pero si no se le ve la cara...

—Es que es anónima —afirmó Laux.

—Pues hace muy bien, así está más tranquila —comentó Lucía.

—Tienes que seguirla, rubia, dice las mismas tonterías que tú.

Las miré, sonreí y les dije, aguantando la respiración:

—Chicas, tengo algo que contaros...

Y justo en el momento crucial en el que iba a confesar delante de mis amigas no sé muy bien ni siquiera el qué —porque en mi cabeza aquello no era más que un juego que había comenzado hacía unos meses, una travesura de niña—, justo entonces, un hombre fornido, guapo, pero un poco torpe, pasó por delante de nuestras tumbonas corriendo detrás de una pelota, dejando tras de sí un reguero de arena que nos puso perdidas e hizo que nos levantáramos de sopetón para sacudirnos. Tremenda providencia. ¿El destino? Quién sabe...

—Mirad, por favor, a ese Osiris de la naturaleza. ¿Cómo puede tener ese tío mejor culo que yo? —dijo Laux mientras nos limpiábamos las piernas.

—Creo que te refieres a un adonis de la naturaleza.

Laux y su indiscutible don para cambiarle el nombre a todos y a todo...

—Lo que sea, *miss* tauro, lo que sea.

—Hombre, estamos en Grecia, yo creo que no puede ser otra cosa... —dijo Sara.

—Llámale Adonis, Zeus, Thor o como quieras, pero llámale, a ver si viene...

—Ja, ja, ja, estás pirada —respondí.

—Me gustan los griegos. Y los yogures también —sentenció Laux mientras se recostaba de nuevo en la tumbona y daba un último trago al mojito antes de lanzarle su famoso «chiquiiiiii» al camarero griego del chiringuito. Aunque no entendía nada, siempre que le gritaba Laux, venía. Por si acaso.

Y así, entre las risas voluntarias por las mezclas culturales que acostumbraba a hacer Laux y las involuntarias que venían de la mano de nuestros cócteles variados, olvidé lo que iba a contarles antes de la interrupción. Supongo que tampoco era tan importante. Lo valioso era que estábamos juntas, celebrábamos juntas y eso era todo lo que necesitábamos.

Hacia dos días que habíamos llegado en barco a Mykonos tras haber aterrizado en Santorini. Habíamos elegido —bueno, mejor dicho, Laux había elegido— ese recorrido porque era ideal para aprovechar el tiempo, algo que nos explicó con todo lujo de detalles en el aeropuerto de Madrid antes de coger el primer avión.

Las vacaciones habían comenzado, como no podía ser de otra forma, entre risas y las hojas de cálculo de Laux, que dejaban poco espacio a la improvisación:

—¿Otra vez vamos a viajar siguiendo un maldito Excel? —se quejó Lucía en la cola para facturar.

—Sin Excel no hay vacaciones, chicas, ya sabéis que es mi lema —respondió Laux abanicándose con el pasaporte—. Sin organización, no hay diversión.

Estoy segura de que Laura tenía al menos cinco lemas más relacionados con la organización y que todos rimaban.

—¿Para qué llevas el pasaporte, si para Grecia no hace falta porque está en la Unión Europea? —le pregunté.

—Porque salgo mejor en la foto del pasaporte que en la del DNI —afirmó Laux poniendo los ojos en blanco, como si lo que había dicho fuese lo más normal del mundo.

Incontestable. Todas estallamos en una carcajada ante aquella ocurrencia mientras el personal de seguridad nos instaba a pasar por el detector de metales.

—Señoritas, hagan el favor..

—Lucía, vas a pitar con todos los oros que llevas...

—Oro, dice...

—¿Tus pendientes no son de oro? —preguntó Sara inocentemente.

—No están ni bañados. Ni una duchita en oro se han dado siquiera —respondió Lucía mientras se aguantaba la risa al pasar por el «arco del triunfo», como ella lo llamaba. Si pasabas por él, ya estabas de vacaciones. Habías triunfado.

Y entre risas, pasaportes, arcos del triunfo y treinta bandejas llenas de porsiacasos, pasamos el primer control que nos acercaba un poquito más a nuestro destino. Mientras, Laux, dejando que respiráramos lo justo para no desmayarnos, nos recordaba cada paso que estaba por venir.

—La primera isla que visitaremos será Santorini. Espero que hayáis traído gafas de sol porque las casas son tan blancas que relucen y te hacen daño en los ojos. Vamos, como la piel de la rubia ahora mismo.

Miré a Laux con el correspondiente gesto de desaprobación a un chiste que era un clásico entre nosotras desde que nos conocimos, mientras ella continuaba explicando el plan, como si de una guía turística se tratase:

—Allí nos alojaremos en una casita en la caldera del volcán. Espero que también hayáis traído ropa azul a juego con la isla.

Iban más maletas que personas a este viaje. La combinación de colores no tendría que ser un problema.

—La temperatura media todos los días será de veintiocho grados y estará despejado.

—Y yo que me he traído una chaquetita por si refresca... —alegó Lucía.

—Que alguien le diga a esa señora que no interrumpa, por favor —dijo Laux sosteniendo un megáfono imaginario—. ¿Puedo continuar?

Laux estaba completamente metida en el papel y siguió hablando:

—Pasaremos un par de días allí y después cogeremos un barco rumbo a Mykonos, considerada la Ibiza de las islas griegas, conocida en todo el mundo por su marcha nocturna. Allí nos alojaremos en un precioso hostel donde yo pernoctaré con el griego más guapo de la isla mientras vosotras, todas emparejadas, envidiaréis mis lujuriosas vacaciones tituladas «La pasión griega».

—Pero ¿no era turca? —volví a replicarle.

—Como si es italiana...

Ciertamente, ya habíamos avanzado las casillas en el Excel de Laux hasta llegar a Mykonos y no había ni rastro de pasión turca. Lo que sí habíamos notado eran muchos intercambios de mensajes por su parte.

Aquel era un detalle importante porque solo Laux estaba soltera. Sara seguía compartiendo su vida con Marcelo entre sus clases de mandalas, croché y su última aventura: ser campeón del mundo de tocar la guitarra en el aire. Puede parecer una broma, pero hay todo un submundo de concursos y gente que perfecciona su técnica como si estuviese tocando una guitarra cuando no hay guitarra.

Lucía, por su parte, continuaba su romance con Nacho, el que fuera mi novio de la infancia y ahora la mejor persona con la que ella podría estar. Eran la pareja perfecta.

Yo, por mi parte, echaba bastante de menos a Javi, para qué os voy a engañar. Apenas habíamos disfrutado por aquel entonces de nuestro pequeño ático cuando llegó el viaje que durante tanto tiempo había planeado con las chicas. Aunque no habíamos hecho más que arrancar y ya estaba extasiada de felicidad,

de vez en cuando completaba en mi mente nuestra maravillosa terraza en la azotea, llena de preciosas plantas, junto con la fantasía de ver a Javi cómo las regaba sin camiseta, mostrando aquel torso que parecía esculpido en mármol.

—¿Vas a comprar ese balancín tan cuqui? —me preguntó Laux, apareciendo como un fantasma por detrás de mí, cotilleándome el móvil.

—Tía, de verdad, tienes que dejar de aparecer tras de mí mirando mi móvil todo el rato o voy a infartar de un susto.

—Eso es que tienes algo que esconder, pequeña furcia. Todo el día con el móvil en la mano, ocultando vete tú a saber qué...

Menos mal que justo había venido por detrás cuando estaba mirando balancines y no cuando estaba publicando en Instagram, algo que hacía a menudo cuando ellas no miraban.

—¿No tendrás un Tinder secreto? —dijo Lucía siguiéndole el juego.

—Por supuesto que no. Si no tuviese Tinder no os diría que sí lo tengo.

Lucía y Laux cortocircuitaron por un momento.

—Pero ¿eso es que sí o es que no? —preguntó Lucía.

—Qué hija de..., ya me ha liado —dijo Laux intentando buscar el significado a mi frase.

Siempre he pensado que existe una delgada línea que separa mentir de ocultar algo. Para mí, mentir siempre ha sido un concepto un tanto peor que el de ocultar información. La mentira lleva implícita contar algo que además es falso, mientras que cuando ocultas lo que sea, por los motivos que sean, caben muchos matices. Querer guardarte partes de tu vida para ti poco tiene que ver con caminar por el filo que supone verbalizar algo que sabes que no es verdad. Quizá se acerque más al egoísmo, pero siempre es una decisión personal. Simplemente, no lo dices.

Pues sí, estaba ocultando algo en el móvil, pero no era tan grave como si alguien me hubiese preguntado directamente si yo era la Vecina Rubia y hubiese respondido con un no rotundo... ¿O sí...?